


LOUISE VOSS

MARK EDWARDS

LA PEOR PESADILLA



Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

LOUISE VOSS MARK EDWARDS

LA PEOR PESADILLA

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

Título original: *From the Cradle*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Julio, 2017

Copyright © Edición original 2014 por Louise Voss y Mark Edwards

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Diseño de cubierta: PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © mtlapcevic © ShevchenkoN © Dermot Conlan/Tetra Images/Getty Images

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045377

www.apub.com

ÍNDICE

[SOBRE LOS AUTORES](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1 HELEN – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 2 PATRICK – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 3 HELEN – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 4 PATRICK – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 5 HELEN – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 6 PATRICK – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 7 LARRY – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 8 PATRICK – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 9 HELEN – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 10 PATRICK – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 11 JEROME – DÍA 2](#)

[CAPÍTULO 12 PATRICK – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 13 HELEN – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 14 PATRICK – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 15 HELEN – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 16 PATRICK – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 17 ALICE/LARRY – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 18 PATRICK – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 19 PATRICK – DÍA 3](#)

[CAPÍTULO 20 WINKLER – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 21 PATRICK – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 22 PATRICK – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 23 PATRICK – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 24 HELEN – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 25 PATRICK – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 26 PATRICK – DÍA 4](#)

[CAPÍTULO 27 HELEN – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 28 PATRICK – DÍA 5 – TARDE](#)

[CAPÍTULO 29 ALICE – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE](#)

[CAPÍTULO 30 PATRICK – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE](#)

[CAPÍTULO 31 WINKLER – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 32 HELEN – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 33 PATRICK – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 34 WINKLER – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 35 PATRICK – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 36 GEORGIA – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 37 PATRICK – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 38 GEORGIA – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 39 HELEN – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 40 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 41 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 42 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 43 JEROME – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 44 HELEN – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 45 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 46 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 47 PATRICK – DESPUÉS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

SOBRE LOS AUTORES

Louise Voss lleva diecisiete años escribiendo. Comenzó su carrera con la publicación de cuatro novelas: *To Be Someone*, *Are You My Mother?*, *Lifesaver* y *Games People Play*. Junto con Mark Edwards comenzó en 2011 a dedicarse exclusivamente al género policíaco. Ambos fueron los primeros autores británicos independientes que llegaron al número uno de las listas de Amazon, con su novela *Catch Your Death* (2012), e incluso ocuparon también el segundo puesto con *Killing Cupid* (2012). A estas obras les siguieron *All fall down* (2013), *Forward Slash* (2013) y la serie protagonizada por el inspector Lennon: *Desde la cuna* (2014) y *The Blissfully Dead* (2015). (Más información en www.facebook.com/vossandedwards.)

PRÓLOGO

Le cayó como una bomba nuclear: unos segundos de inocente calma, quizá un leve silbido al precipitarse sobre él y, después, la nada cuando, al abrir la puerta de casa, vio que todo estaba demasiado tranquilo y supo de inmediato que algo iba mal, pero no hasta qué punto, no pudo siquiera sospechar lo absoluto e irrevocable de ese mal.

Había sido un día especialmente largo. El inspector Patrick Lennon había estado encerrado siete horas en una sala de interrogatorios sin ventanas con un drogadicto poco dispuesto a colaborar llamado Dean Kervin, que tenía la cara como una patata hervida hacía varios días. Pese a que varios testigos y dos cámaras de seguridad lo habían visto reventar el escaparate del *outlet* de prendas deportivas y matar a palos al guardia de seguridad, él se empeñaba en negarlo. No paraba de repetir: «No era yo. No estuve allí».

Patrick llevaba todo el día ansiando un poco de aire fresco y un café sin recalentar, pero lo que de verdad lo mantenía en pie era la idea de volver a su casa, calentita y perfumada, y abrazar a su tierna pequeña de cinco meses, Bonnie. Una copa de vino en una mano, Bonnie acurrucada en la curva de su otro brazo y, en cuanto Bonnie se quedara dormida, comida china a domicilio mientras veía una película con Gill. Casi le hacía reír el que un cuadro así lo reconfortara tanto. Su yo adolescente se habría burlado despiadadamente de él. ¿Vino y bebés? ¿Chino y peli? Patético.

No. Patético, no. La felicidad, la seguridad, la pureza de la familia eran la esencia de la vida.

El único inconveniente, en el frente doméstico, era que Gill llevaba algún tiempo bastante deprimida. Todos sabían lo duro que era quedarse en casa el día entero con la chiquitina, sobre todo para una atareada profesional con un cargo de responsabilidad. Gill era abogada y nada la hacía más feliz que destrozar, destripar con palabras a desgraciados como aquel Dean, el tipo de la cara de patata. Lo hacía con tanto aplomo... Patrick confiaba en que pronto recuperase esa chispa. Aunque fuera de los tribunales era una mujer sociable y cordial por naturaleza, toda aquella camarilla de la NCT, esa oenegé de apoyo a las madres primerizas, con sus cuadrillas de madres amamantadoras que invadían las cafeterías y asistían a clases de música infantil, no acababa de llenarla. Lo había intentado, pero siempre había vuelto a casa amenazando con ponerse a gritar en cuanto volviera a oír hablar de pañales y caquitas.

La idea hizo sonreír a Patrick mientras estacionaba, marcha atrás, el Prius bronce (otra de esas cosas que su yo adolescente le habría censurado) en la pequeña entrada de la casita adosada que ocupaban en West Molesey. Cuando quería impresionar a alguien, les decía que vivía «cerca de Hampton Court», aunque, en realidad, West Molesey estaba a dos kilómetros y medio y era la hermana pobre de la grandiosa East Molesey, que disponía, en cambio, de una zona declarada patrimonio histórico-artístico y multitud de fincas de dos millones de libras. Nunca se había alegrado tanto de volver a casa. Hasta había parado en el súper para comprar una botella de vino y un ramo de gerberas, las favoritas de Gill.

Más tarde se preguntó si lo había sabido desde el mismo instante en que había hecho girar la llave en la cerradura o si solo había imaginado que lo sabía.

Lo que sí percibió de inmediato fue el silencio. No creía que hubieran salido porque el cochecito estaba en el pasillo y todas las luces encendidas. ¿Habrían ido un momento a casa de algún vecino? Improbable. Los vecinos

más próximos habían resultado bastante desagradables y Gill no había hecho amistades en las inmediaciones. Normalmente se oía Radio 2 a todo volumen y en la tele se veía, sin sonido, la programación infantil de la BBC. Ni el ruido de la secadora dando vueltas, ni el de la tetera hirviendo el agua, ni el repiquetear habitual de Gill por la cocina mientras preparaba la cena para ellos dos... No se oía nada de eso.

—¿Hola? —gritó Patrick al tiempo que entraba y cerraba la puerta—. ¿Gill?

Nada. Frunció el ceño. Se quitó la chaqueta de cuero, colgó las llaves del automóvil en el cuelgallaves dispuesto junto a la puerta y dejó las flores y el vino en el suelo de la entrada. Debían de haber salido, se dijo, luego titubeó; tuvo el presentimiento de que no era así. Se le erizó el vello de todo el cuerpo, pese a que, en aquellos momentos, no tenía motivo para temer nada.

—Gill, ¿dónde estás? —insistió nervioso antes de enfiar el pasillo que conducía a la cocina, al fondo de la casa. Cuando pasaba junto a la escalera, un movimiento lo sobresaltó.

Su mujer estaba sentada en el tercer escalón, con una cara que él no le había visto a nadie en toda su vida. Su rostro, por lo general sonrosado, estaba ceroso y demacrado, y sus ojos, inmóviles, eran dos mares de espanto. Afermada al juguete favorito de Bonnie, una Peppa Pig de punto, se mecía en silencio adelante y atrás.

Patrick hizo un aspaviento y la agarró por los hombros, medio abrazándola medio zarandeándola.

—¿Gill, cariño!, ¿qué ocurre? —preguntó, hincándose de rodillas en las escaleras, abrazándola fuerte y meciéndose con ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto alguien?

Aquel fue su primer pensamiento, porque, de haberle pasado algo a Bonnie, Gill no estaría sentada en las escaleras, sino junto a su cuna.

Ella no respondió. Lo ignoró, como si no hubiera detectado su presencia.

—Háblame, cariño, ¿qué ha pasado? ¡Gill, por favor!

La encontró menuda, la mitad de su tamaño normal, como encogida por la conmoción y por aquel terrible dolor no manifiesto.

—¿Dónde está Bonnie?

Gill dejó de mecerse. Dejó de respirar y apretó los labios, aquellos labios sensuales de los que Patrick se había enamorado antes incluso de conocerla bien. Cerró los ojos y clavó los dedos en el rosado cuerpecito blando de Peppa Pig.

Luego empezó a gemir. El gemido se tornó gañido, después bramido y, por último, cuando volvió a abrir la boca, se transformó en un aullido de dolor casi animal que retumbó en las paredes y privó la casa de cualquier resquicio de paz para siempre.

Patrick se levantó como un resorte mientras escapaba de su boca un sollozo.

—Ay, Dios mío, Gill, ¿dónde está la niña? ¿Qué ha pasado? ¿DÓNDE ESTÁ?

Apartó a su mujer y, aunque lo hizo solo con un empujoncito, Gill volcó y rodó por los dos peldaños restantes hasta el suelo, donde quedó inmóvil, sin dejar de proferir aquel aullido sobrenatural. Él subió la estrecha escalera como un maratonista en su tramo final y, con la respiración atrapada en el pecho, rodeó bruscamente la barandilla y entró en el diminuto dormitorio de Bonnie.

Al principio, pensó que había una muñeca tendida en su camita, una extraña muñeca hinchada, de color púrpura. Se adentró en la estancia y comprendió que la muñeca era Bonnie. Sus extremidades estaban retorcidas de forma poco natural y tenía marcas visibles alrededor del cuello. Marcas de dedos.

Tras proferir un aullido aún mayor que el de su mujer, soltó la barra protectora de la cuna e inclinándose sobre su

hija sin vida trató de insuflar aire en sus pulmoncitos inertes. Con dos dedos delicados y temblorosos le masajeó el esternón, rezando para hacerlo bien, procurando recordar correctamente los pasos del curso de reanimación cardiopulmonar infantil al que Gill había insistido en que asistieran ambos durante su embarazo. «Empuja, empuja, insufla.» Bonnie seguía amoratada. Aún estaba caliente. Eso era bueno. «Empuja, empuja, insufla.» Las lágrimas de Patrick cayeron en los párpados cerrados de la criatura.

«Empuja, empuja, insufla.»

No sabía cuánto llevaba haciendo aquello. El tiempo empezó a girar en un terrible vórtice que parecía arrastrarlo cada vez más, hasta que por fin oyó un levísimo gemido. Bonnie abrió un poquitín los ojitos y volvió a cerrarlos. Su pecho, que no era mayor que un paquete de azúcar, se elevó someramente.

Patrick se retiró bruscamente y chocó contra la pared del dormitorio, hiperventilando y sollozando. Se sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón, llamó a emergencias y pidió a gritos una ambulancia. Durante la siguiente media hora, todo sucedió muy rápido: acunó a Bonnie, le frotó la espalda para que la pequeña siguiera respirando y, sin dejar de llorar, se preguntó si habría sufrido daños cerebrales, al tiempo que el equipo de urgencias entraba en el dormitorio y cubría el rostro de su hija con una máscara de oxígeno.

Mientras hacían eso, Patrick se acercó, temblando, a su mujer, aún tendida en posición fetal en el suelo del vestíbulo, gimiendo, aferrada al muñeco de Bonnie.

La rodeó con los brazos, la ayudó a incorporarse y la estrechó contra su pecho como acababa de hacer con su hija. Desprendía un olor metálico, a miedo y a sudor. Le retiró un largo pelo castaño del hombro del suéter y, cuando consiguió que su respiración se normalizara, le habló al oído.

—Gillian Louise Lennon, quedas detenida por el intento de asesinato de Bonnie Elizabeth Lennon. No hace falta que digas nada, pero cualquier cosa que digas podría ser utilizada en tu contra en un tribunal.

CAPÍTULO 1

HELEN – DÍA 1

—¡Date prisa, Hel!

Helen oyó a Sean agitar las llaves en el vestíbulo, supuso que también debía de estar mirando el reloj y chascando la lengua.

—¡Ya casi estoy! —le gritó desde el baño de arriba, procurando no alterarse. Aquella era la primera noche que salían en semanas y no quería empezarla con mal pie.

Frankie estaba en la bañera, entretenida con sus juguetes de baño, tres vehículos de plástico de vistosos colores que soltaban agua a chorros. La pequeña le disparó un buen chorro de agua a Helen y rio tan fuerte que perdió el equilibrio y se sumergió de espaldas en el agua espumosa. Su madre se abalanzó sobre ella y la rescató, preparándose para el inminente llanto, pero Frankie solo puso cara de sorpresa y, al ver que le envolvía la cabeza una peluca de espuma estilo Regencia, soltó una carcajada aún mayor. Helen se echó a reír también, a pesar de la franja de agua que llevaba de pronto en la pechera de su blusa de seda vintage.

—Venga, hora de salir. Alice te va a leer un cuento. ¿Me prometes que te vas a portar bien?

La pequeña asintió con tanto entusiasmo que hizo volar la espuma por toda la bañera de agua caliente. A Helen le divertía secretamente la devoción que su hija de tres años sentía por su arisca medio hermana adolescente. Alice esta-

ba tan resentida con la humanidad que a su lado Pol Pot era un modelo de benevolencia y, lo peor de todo: desde que había empezado a salir con Larry, bebía más de la cuenta. Su hermoso rostro de color caramelo se hallaba permanentemente oculto bajo una gruesa capa de maquillaje oscuro destinado a esconder unos granitos que, la verdad, apenas se veían, y sus suaves rizos negros se habían vuelto lacios, como derrotados.

«Adolescentes —solía decir Sean con rotundidad—. Son todos iguales.»

Pero Helen se preguntaba si eso era cierto. Sacó a Frankie del baño envolviéndola en la toalla y retorciéndola después por delante hasta formar una especie de mango con el que poder levantarla sin tocarla, como a la pequeña le divertía que lo hiciera. Rio de nuevo cuando Helen la dejó en la alfombrilla de baño y estrechó aquel cuerpo mojado contra el suyo. Su pelo casi negro se le había quedado pegado a la cabeza, formando picos, y sus ojos pardos reían mientras devolvía el abrazo a Helen. Como Alice, Frankie tenía la piel de color caramelo, un poquito más clara que la de Helen. Sean era el único blanco de la familia, algo que confundía a la gente cuando se enteraban de que las dos niñas eran hermanastras, como si no les cuadrara que un hombre blanco pudiese haber decidido tener hijos no con una sino con dos mujeres negras.

Por un instante, Helen pensó en aquellas dos parejas, ambas a menos de cinco kilómetros de su casa, que ya no oían las risas de sus bebés, ya no podían sentir el calor intenso y fragante de sus bracitos. Qué horror. La angustió una vez más la idea de dejar a Frankie con Alice.

—¡HELEN! —bramó Sean desde la puerta de entrada—. ¡Vamos a perder la reserva como no bajas ya! Deja que lo haga Alice... Alice, ¿te importa subir y encargarte tú?

Helen ya había conseguido ponerle a Frankie el pañal braguita y el pijama de felpa. Le estaba secando el pelo con la toalla y ayudándola a lavarse los dientecitos cuando

Alice dejó por fin, a regañadientes, su queridísimo iPad y la interminable colección de vídeos de risa de YouTube y de antiguos episodios de *Big Bang Theory*, al parecer eso era lo único que veía.

A Frankie se le iluminó el rostro al ver a su hermana mayor.

—¡Ali! Tú me lees el cuento, ¿verdad?

—De acuerdo, terremoto. Vamos a buscar uno. Pero solo uno y no vale llorar cuando se acabe.

Frankie escapó como una culebra del regazo de Helen y llevó a rastras a Alice a su dormitorio.

—¿Alice? —la llamó Helen mientras se desabrochaba la blusa para cambiársela por una seca—. Si dejas salir al gato por la puerta de servicio, no te olvides de...

—... cerrarla enseguida. Ya lo sé, Helen. ¡Tranquila! No soy idiota.

—No volveremos tarde, calculo que a las diez y media. ¿Aún tienes deberes?

—No, solo Teatro, y no es de estudiar, es práctica.

—Llámanos enseguida si... bueno, si algo no va bien.

Qué bobada. Alice había cuidado de la niña montones de veces en los últimos dos años. Claro que la semana pasada habían secuestrado a dos pequeños por la zona... Alice puso los ojos en blanco, como confirmando que también a ella le parecía una bobada.

—Eh... una cosa más... No le habrás dicho a Larry que venga, ¿verdad?

Alice le plantó cara, con Frankie aún colgada de su cuello.

—¿Y qué si viene? ¿No confías en que vaya a cuidar bien de Frankie?

Helen se quitó la blusa mojada y, tras colgarla del radiador toallero, se volvió hacia Alice en sujetador. Alice la miró de arriba abajo con desdén. Aquella mirada habría bastado para encoger hasta a la mujer más segura. Helen ya no estaba tan delgada ni tan tersa como antes de parir a